

MICRO-ANÁLISIS Y CONSTRUCCIÓN DE LO SOCIAL*

Jacques Revel **

1.

El procedimiento micro-histórico se ha convertido, en los últimos años, en uno de los espacios importantes del debate epistemológico entre los historiadores. Hecha esta afirmación, conviene delimitar inmediatamente su alcance: pues este debate ha quedado concentrado en el interior de un número relativamente restringido de grupos, de instituciones, de equipos de investigación (cuya cartografía, por lo demás, sería interesante hacer). Es necesario reconocer también que la interpretación y las apuestas de la opción micro-histórica no fueron concebidas en todas partes en términos homólogos, sino todo lo contrario. Para tomar sólo un ejemplo, se confrontará y opondrá la recepción americana y la versión francesa del debate. La primera se centra en el «paradigma del indicio» propuesto recientemente por Carlo Ginzburg y se ha definido, en buena medida, como un comentario sobre su obra¹. La segunda prefiere tomar la micro-historia como una interrogación sobre la historia social y la construcción de sus objetos². En verdad estas modulaciones particulares del tema micro-histórico, ya están presentes en los trabajos de los historiadores italianos quienes fueron los primeros en intentar experiencias con este procedimiento, si bien se subrayaron en sus reformulaciones ulteriores. Ellas no son gratuitas ni indiferentes. Cada una remite a una configuración historiográfica específica dentro de la cual el tema ha actuado como un revelador. No es aquí el lugar de emprender la referencia y el análisis, pero es conveniente

* Versiones recientes de este artículo han sido publicadas en alemán y en italiano.

** Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales.

¹ Carlo Ginzburg, "Spie: radici di un paradigma indiziario", en A. Gargani (ed), *CRISI DELLA RAGIONE*, Turín, 1979, pp. 57-106, (trad. francesa: "Signes, traces, pistes: racines d'un paradigme de l'indice", *LE DÉBAT*, 6, 1980, pp. 3-44). Un buen ejemplo reciente de esta recepción americana es la introducción de Edward Muir, "Observing Trifles", en la recopilación realizada por Edward Muir y Guido Ruggiero, *MICROHISTORY AND THE LOST PEOPLES OF EUROPE*, Baltimore-Londres, 191, pp. VII-XXVIII.

² Sobre este punto remito a la presentación que, bajo el título: "L'histoire au ras du sol", he dado a la traducción francesa del libro de Giovanni Levi, *LE POUVOIR AU VILLAGE*, París, 1989, pp. I-XXXIII (original italiano: *L'EREDITÀ IMMATERIALE. CARRIERA DI UN ESORCISTA NEL PIEMONTE DEL SEICENTO*, Turín, 1985); ver también el editorial colectivo de la redacción de *Annales*, "Tentons l'expérience", *ANNALES ESC*, 6, 1989, pp. 1317-1323.

reconocer que las páginas que siguen brindan una de las posibles versiones del debate hoy en curso.

La diversidad de las lecturas propuestas remite sin duda a la de los contextos de recepción. Pero también debe relacionarse con las características propias del proyecto micro-histórico en sí. Este nació recientemente, en el curso de los años setenta, de un conjunto de preguntas y propuestas formuladas por un pequeño grupo de historiadores italianos comprometidos en empresas comunes (una revista: *Quaderni Storici*; a partir de 1980 una colección dirigida por C. Ginzburg y G. Levi editada por Einaudi: *Microstorie*) pero cuyas investigaciones personales podían ser muy diferentes entre sí. Es de la confrontación entre estas experiencias de investigación heterogéneas, de una reflexión crítica sobre la producción histórica contemporánea, de una gama muy amplia de lecturas (particularmente antropológicas, pero también en campos menos esperados, por ejemplo, la historia del arte) que poco a poco emergieron las formulaciones (interrogaciones, una temática, sugerencias) comunes. El carácter tan empírico del proceso explica que no exista un texto fundador, estatutos «teóricos» de la micro-historia³. Esta no constituye un cuerpo de proposiciones unificadas, ni una escuela, menos aún una disciplina autónoma, como se ha querido creer con demasiada frecuencia. Es inseparable de una práctica de historiador, de los obstáculos y las incertidumbres experimentados en intentos por lo demás muy diversos, en una palabra: de una experiencia de investigación. Este primado de la práctica remite, probablemente, a las preferencias instintivas de una disciplina que con frecuencia desconfía de las formulaciones generales y de la abstracción. Pero más allá de estos hábitos profesionales aquí puede reconocerse una opción voluntarista: la micro-historia nació como una reacción, como una toma de posición frente a cierto estado de la historia social de la que sugiere reformular ciertas concepciones, exigencias y procedimientos. Desde este punto de vista, puede tener valor de síntoma historiográfico.

2.

Una de las versiones dominantes –pero no la única– de la historia social es la definida primero en Francia, y luego ampliamente fuera de ella, en torno a *Annales*. Su formulación no ha sido constante a lo largo de sesenta años. De todas formas, presenta rasgos relativamente constantes que podemos legítimamente referir al programa crítico que, un cuarto de siglo antes del nacimiento de *Annales*, el durkheimiano François Simiand había elaborado para los historiadores⁴. Simiand les recordaba las reglas del método sociológico destinado, según él, a regir una ciencia social unificada donde las diferentes disciplinas no propondrían más que modalidades particulares. Lo importante en lo sucesivo era abandonar lo único, lo

³ Giovanni Levi, "On Micro-history", en Peter Burke (ed), *NEW PERSPECTIVES ON HISTORICAL WRITING*, Oxford, 1991, pp. 93-113. (Hay traducción en español: "Sobre microhistoria" en P. Burke (ed) *FORMAS DE HACER HISTORIA*, Madrid, Alianza, 1993, pp. 119-143). El texto de C. Ginzburg, "Signes, traces, pistes", citado en la nota 1, tuvo la ambición de fundar un nuevo paradigma histórico. Tuvo gran acogida y amplia circulación internacional. Sin embargo, no creo que permita rendir cuenta de la producción micro-histórica que ha seguido a su publicación.

⁴ François Simiand, "Méthode historique et science sociale", *REVUE DE SYNTHÈSE HISTORIQUE*, 1903; sobre la importancia de la matriz durkheimiana en los orígenes de *ANNALES*, cf. J. Revel, "Histoire et sciences sociales. Les paradigmes des *Annales*", *ANNALES ESC*, 6, 1979, pp. 1360-1376.

accidental (el individuo, el acontecimiento, el caso singular) para consagrarse sólo a aquello que podía ser objeto de un estudio científico: lo repetitivo y sus variaciones, las regularidades observables a partir de las cuales sería posible inducir leyes. Esta elección inicial, tomada en cuenta por los fundadores de *Annales* y sus sucesores, permite comprender los caracteres originales de la historia social a la francesa: el privilegio dado al estudio de agregados tan masivos como sea posible; la prioridad de la medición en el análisis de los fenómenos sociales; la elección de una duración suficientemente larga para permitir observar las transformaciones globales (con el corolario del análisis de temporalidades diferenciales). De estas exigencias de partida se desprendían consecuencias que han marcado de manera durable los procedimientos puestos en marcha. La elección de la serie y el número requería la invención de fuentes adecuadas (o el tratamiento ad hoc de fuentes tradicionales), pero también la definición de indicadores simples o simplificados que servirían para abstraer, del documento de archivo, una cantidad limitada de propiedades, de rasgos particulares cuyas variaciones en el tiempo debían estudiarse: al comienzo precios o ingresos, luego niveles de fortuna, las distribuciones profesionales, los nacimientos, los matrimonios, las muertes, firmas y títulos de obras o de géneros editoriales, los gestos de devoción, etcétera. De estos índices, era posible estudiar las evoluciones particulares; pero también y sobre todo, como Simiand lo había hecho con los salarios y luego Ernest Labrousse, en 1923, en el *Esquisse*, podían ser usados en la construcción de modelos más o menos complejos.

De Simiand y de los durkheimianos, Bloch, Febvre, y luego en la generación siguiente, Labrousse o Braudel, mantuvieron también una forma de voluntarismo científico: no hay otro objeto que el que se construye según procedimientos explícitos, en función de una hipótesis sometida a validación empírica. Estas reglas elementales de método dieron luego la impresión de haber sido perdidas de vista. Ciertamente, los procedimientos de trabajo se han vuelto cada vez más sofisticados. Pero, probablemente a causa de la dinámica misma de la investigación, su status de experimentación ha sido a menudo olvidado. Los objetos considerados por el historiador continuaban siendo hipótesis sobre la realidad, pero había una tendencia creciente a considerarlos como cosas. Esta desviación comenzó muy temprano en ciertos casos⁵. Ha sido denunciada algunas veces, a propósito de la historia de los precios, del uso de unidades espaciales de observación, de las categorías socio-profesionales, pero sin que las advertencias bastaran para quebrar la tendencia general. Notemos también que estos procedimientos se inscribían globalmente dentro de una perspectiva macrohistórica que no explicitaban ni testeaban. Más exactamente, consideraban que la escala de observación no constituía una de las variables de la experimentación porque suponían, tácitamente al menos, una continuidad de hecho de lo social que autorizaba a yuxtaponer los resultados cuya organización no parecía un problema: la parroquia, el conjunto regional o el departamento, la ciudad o la profesión parecían así poder servir como cuadros neutros, aceptados como eran recibidos por la acumulación de datos⁶.

⁵ Cf. Jean-Yves Grenier y Bernard Lepetit, "Expérience historique: a propos de C.E. Labrousse", *ANNALES ESC*, 6, 1989, pp. 1337-1360.

⁶ Cf. las reflexiones muy lúcidas de Jacques Rougerie, "Faut-il départementaliser l'histoire de France?", *ANNALES ESC*, 1, 1966, pp. 178-193; y de Christophe Charle, "Histoire professionnelle, histoire sociale?", *ANNALES ESC*, 4, 1975, pp. 787-794. En el mismo sentido ver el debate de mediados de los años setenta sobre la naturaleza del hecho urbano a partir de la tesis de Jean-Claude Perrot sobre *GENÈSE D'UNE VILLE MODERNE: CAEN AU XVIIIÈME SIÈCLE*, Paris, 1975.

Este modelo de historia social entró en crisis a fines de los años setenta y comienzos de los ochenta, es decir, por una extraña ironía, en el momento en que aparecía triunfante, cuando sus resultados se imponían más allá de las fronteras de la profesión y el «territorio del historiador» parecía poder ampliarse indefinidamente. El sentimiento de una crisis se insinuó muy lentamente y no es evidente que sea hoy mayoritario entre los historiadores. Podemos decir, más modestamente, que fue entonces cuando la crítica al modelo dominante se hizo más insistente (incluso si a menudo fue hecha desordenadamente). Varias razones de diverso orden han contribuido a esta toma de conciencia. Mientras que la informática hacía posible el registro, almacenamiento y tratamiento de datos considerablemente más masivos que en el pasado, entre muchos se impuso la sensación de que los interrogantes no habían sido renovados al mismo ritmo y que los grandes estudios cuantitativos estaban amenazados, en lo sucesivo, de rendimientos decrecientes. Al mismo tiempo, la consolidación de especializaciones más marcadas tendía a compartimentar desde el interior un campo de investigación que se pensaba definitivamente abierto y unificado. Los efectos de esta evolución se amplificaban porque los paradigmas unificadores de las disciplinas que constituyen las ciencias sociales (o que, al menos, le servían de punto de referencia) eran severamente cuestionados, y con ellos algunas de las modalidades del intercambio interdisciplinario. La duda que se impuso en nuestras sociedades enfrentadas en esos años a formas de crisis que no sabían comprender ni incluso, a menudo, describir, ha contribuido, por supuesto, a difundir la convicción que el proyecto de una inteligibilidad global de lo social quedaba —al menos provisoriamente— entre paréntesis. Aquí solamente se sugieren algunas líneas de reflexión para un análisis que se resiste a construirse. Ellas remiten a evoluciones cuyos puntos de partida pueden haber sido muy diferentes, pero cuyos efectos fueron en el mismo sentido y se han, evidentemente, influenciado mutuamente. Todas juntas contribuyeron a cuestionar las certezas de un enfoque macro-social que había sido poco discutido hasta entonces. La propuesta micro-histórica ha sido el síntoma de esta crisis de confianza al mismo tiempo que contribuía, de manera central, a formularla y precisarla.

3.

El cambio de la escala de análisis es esencial en la definición de la micro-historia. Importa comprender bien su significación y sus apuestas. Como los antropólogos, los historiadores acostumbran a trabajar sobre conjuntos pequeños y bien delimitados⁷, que no constituyen «campos» (aun cuando desde hace 20 años, la fascinación de la experiencia etnológica aparece insistentemente en la historia). Más prosaicamente la monografía, forma privilegiada de la investigación, está asociada a las condiciones y reglas profesionales de un trabajo: exigencia de una documentación coherente, familiaridad que se supone garantiza el dominio del objeto de análisis y una representación de lo real que muchas veces parece requerir ubicar el problema dentro de una unidad «concreta», tangible, visible. El cuadro

⁷ Sería interesante seguir en paralelo la formulación de estos problemas en historia y en antropología, considerando las diferencias de una disciplina a otra: cf. Christian Bromberger, "Du grand au petit. Variations des échelles et des objets d'analyse dans l'histoire récente de l'éthnologie de la France", en I. Chiva et U. Jeggle (eds.), *ETHNOLOGIES EN MIROIR*, Paris, 1987, pp. 67-94.

monográfico es pensado habitualmente como un enfoque práctico, donde se agrupan datos y se construyen pruebas (es también donde se recomienda pasar las pruebas). Pero, como ya dijimos, se lo supone inerte. Centenares de monografías construidas a partir de un cuestionario general han servido de cimiento a la historia social. El problema planteado por cada una no era el de la escala de observación, sino el de la representatividad de cada muestra respecto al conjunto en que buscaba integrarse, como una pieza debe hallar su lugar en un rompecabezas. Por lo tanto no hay ninguna duda fundamental sobre la posibilidad de ubicar los resultados de la investigación monográfica respecto a un valor medio o una moda, dentro de una tipología, etcétera.

La vía micro-histórica es profundamente diferente tanto en sus intenciones como en sus procedimientos. Ella toma como principio que la elección de una escala de observación particular tiene efectos de conocimiento y puede ser puesta al servicio de estrategias de conocimiento. Cambiar el foco del objetivo no es solamente aumentar (o disminuir) el tamaño del objeto en el visor, sino también modificar la forma y la trama. En otro sistema de coordenadas, modificar las escalas en cartografía no lleva a representar, en diferentes tamaños, una realidad constante, sino a transformar el contenido de la representación (es decir, elegir lo representable). Digamos ya que, en este sentido, la dimensión micro no goza de ningún privilegio particular. Lo importante es el principio de la variación, no la elección de una escala en particular.

Es cierto también que la óptica micro-histórica ha tenido, en estos últimos años, una fortuna particular. La coyuntura historiográfica que hemos resumido brevemente más arriba permite comprenderlo. El recurso al micro-análisis debe, en primer lugar, comprenderse como la expresión de un distanciamiento respecto al modelo comúnmente aceptado, el de una historia social desde el origen inscrita explícita o (cada vez más) implícitamente en un nivel macro. En este sentido permitió quebrar hábitos adquiridos y posibilitar una mirada crítica sobre los instrumentos y procedimientos del análisis socio-histórico. Pero, en segundo lugar, ha sido la figura historiográfica a través de la que se ha prestado una atención nueva al problema de las escalas de análisis en historia (como había sido el caso, un poco antes, en antropología)⁸.

4.

Es conveniente reflexionar, en este punto, sobre los efectos de conocimiento asociados al (o, al menos, esperados del) pasaje a la escala micro. Partamos de algunos de los raros textos programáticos que han contribuido a dibujar el contorno y las ambiciones del proyecto micro-histórico. En un artículo publicado en 1977, E. Grendi observa que la historia social dominante, debido a que ha optado por organizar sus datos dentro de categorías que permiten su máxima agregación (niveles de fortuna, profesiones, etc.), deja escapar todo lo concerniente a los comportamientos y la experiencia social, a la constitución de identidades de grupo porque hace imposible, por su procedimiento mismo, la integración de los datos más

⁸ Conviene señalar la importancia que ha tenido en muchos microhistoriadores, más allá de la influencia más general de la antropología anglosajona, la reflexión de Fredrick Barth (cf. F. Barth (ed), *SCALE AND SOCIAL ORGANIZATION*, Oslo-Bergen, 1978; *PROCESS AND FORM IN SOCIAL LIFE*, Londres, 1980).

diversificados. A este procedimiento, opone el de la antropología (esencialmente anglosajona) cuya originalidad reside, según él, «menos en la metodología que en el significativo acento puesto en el enfoque holístico de los comportamientos»⁹. Dejemos de lado esta afirmación demasiado general y contentémonos con retener una preocupación: desarrollar una estrategia de investigación que no se fundaría ya prioritariamente en la medición de propiedades abstractas de la realidad histórica sino que, inversamente, procedería dándose por regla el integrar y articular entre sí la mayor cantidad de estas propiedades. Esta decisión se ve confirmada, al año siguiente, en un texto algo provocador de C. Ginzburg y C. Poni¹⁰ que propone trabajar sobre el «nombre» —del nombre propio, es decir, la referencia más individual, la menos repetible— el marcador que permitirá construir una nueva modalidad de una historia social atenta a los individuos tomados en sus relaciones con otros individuos. Aquí la elección de lo individual no está pensada como contradictoria con la de lo social: ella debe hacer posible un enfoque diferente, siguiendo el hilo de un destino particular —el de un hombre, de un grupo de hombres— y con él la multiplicidad de espacios y de tiempos, la madeja de relaciones donde se inscribe. Los dos autores están, aún aquí, obnubilados por «la complejidad de las relaciones sociales reconstruidas por el antropólogo en su trabajo de campo [que] contrasta con el carácter unilateral de los datos de archivos sobre los que el historiador trabaja [...] Pero si el campo de investigación está suficientemente delimitado, las series documentales particulares pueden superponerse en duración y espacio, permitiendo encontrar al mismo individuo en contextos sociales diferentes». En el fondo es el viejo sueño de una historia total, pero esta vez reconstruida a partir de la base, que redescubren Ginzburg y Poni. Ellos la ven inseparable de una «reconstrucción de lo vivido» que ella hace posible: a esta formulación algo vaga y finalmente ambigua, puede preferirse el programa de un análisis de las condiciones de la experiencia social, restituídas en su mayor complejidad.

No continuar abstrayendo sino, al principio, enriquecer si se desea lo real considerando los aspectos más diversificados de la experiencia social. Es el procedimiento que ilustra, por ejemplo, G. Levi en su libro *Le Pouvoir au village*. En un cuadro limitado, recurre a una técnica intensiva recogiendo «todos los sucesos biográficos que todos los habitantes del pueblo de Santena que han dejado una huella documental» durante cincuenta años, a fines del siglo XVII e inicios del XVIII. El proyecto es hacer aparecer, detrás de la tendencia general más visible, las estrategias sociales desarrolladas por los diferentes actores en función de su posición y de sus recursos respectivos, individuales, familiares, de grupo, etcétera. Es cierto que «a la larga, todas las estrategias personales o familiares tienden, quizás, a aparecer atenuadas para fundirse en el equilibrio relativo que resulta de ellas. Pero la participación de cada uno en la historia general, en la formación y modificación de estructuras que sostienen la realidad social no puede ser evaluada solamente sobre la base de los resultados tangibles: a lo largo de la vida de cada uno, cíclicamente, nacen problemas, incertidumbres,

⁹ E. Grendi, "Micro-analisi e storia sociale", QUADERNI STORICI, 35, 1977, pp. 506-520; ver también del mismo autor, la presentación del número especial sobre FAMIGLIA E COMUNITÀ, QUADERNI STORICI, 33, 1976, pp. 881-891.

¹⁰ Carlo Ginzburg, Carlo Poni, "Il nome et il come. Mercato storiografico e scambio disuguale", QUADERNI STORICI, 40, 1979, pp. 181-190 (traducción parcial en francés: "Le nom et la manière", LE DÉBAT, 17, 1981, pp. 133-136).

elecciones, una política de la vida cotidiana centrada en la utilización estratégica de las reglas sociales». Es el mismo camino presentado por M. Gribaudi para el estudio de la formación de la clase obrera en Torino a comienzos del siglo XX, un lugar geográficamente cercano, pero histórica e historiográficamente muy alejado¹¹. Allí donde se insistía esencialmente en una comunidad de experiencias (inmigración urbana, trabajo, lucha social, conciencia política, etc.) que fundaría la unidad, la identidad y la conciencia de la clase obrera, el autor se impone seguir itinerarios individuales que muestran la multiplicidad de experiencias, la pluralidad de contextos de referencia donde se inscriben, las contradicciones internas y externas de las que son portadoras. La reconstitución de los itinerarios geográficos y profesionales, de los comportamientos demográficos, de las estrategias relacionales que acompañan el pasaje de la campaña a la ciudad y a la fábrica. Siguiendo a muchos otros, Gribaudi había partido de la idea de una cultura obrera homogénea o, en todo caso, que homogeneizaba los comportamientos. Durante el trabajo (particularmente recogiendo los testimonios orales sobre el pasado familiar de los protagonistas de la historia que estudiaba), descubrió la diversidad de las formas de entrada y de vida en la condición obrera: «Se trataba de ver mediante qué elementos cada familia de la muestra había negociado su propio itinerario y su propia identidad social; qué mecanismos habían determinado la fluidez de unos y el estancamiento de otros; mediante qué modalidades se modificaron, muchas veces drásticamente, las orientaciones y estrategias de cada individuo. En otros términos, y presentando el problema desde el punto de vista de la condición obrera, esto significaba investigar sobre los diferentes materiales con los que se construyeron las diversas experiencias y fisonomías obreras y de explicar así las dinámicas que permitieron tanto las agregaciones como las desagregaciones»¹².

Puede verse que el enfoque micro-histórico se propone enriquecer el análisis social haciendo las variables más numerosas, más complejas y también más móviles. Pero este individualismo metodológico tiene límites porque es siempre necesario definir las reglas de constitución y funcionamiento de un conjunto social o, mejor, de una experiencia colectiva.

5.

En su versión «clásica», la historia social es concebida mayoritariamente como una historia de las entidades sociales: la comunidad de residencia (pueblo, parroquia, ciudad, barrio, etc.), el grupo profesional, el orden, la clase. Ciertamente, se podía discutir los límites, y más aún, la coherencia y la significación socio-histórica de estas entidades, pero en lo fundamental no se las cuestionaba¹³. De allí surge la impresión, al recorrer el enorme capital de conocimientos acumulado durante treinta o cuarenta años, de un cierto «déjà vu»

¹¹ Maurizio Gribaudi, *ITINÉRAIRES OUVRIERS. ESPACES ET GROUPES SOCIAUX À TURIN AU DÉBUT DU XX^E SIÈCLE*. Trad. francesa, Paris, 1987.

¹² *Ibid.*, p. 25; nuevamente las referencias invocadas por el autor remiten a la antropología anglosajona: F. Barth, ya citado, y más ampliamente a los análisis interaccionistas.

¹³ Recordemos el debate abierto por E. Labrousse en los años cincuenta en torno al proyecto de una historia comparada de las burguesías europeas, o la discusión -hoy perimida- de los años sesenta entre E. Labrousse y R. Mousnier sobre "órdenes y clases".

y de inercia clasificatoria. De un lugar a otro, obviamente, las distribuciones varían, pero los personajes de la obra, ellos, no cambian. Será necesario algún día interrogarse sobre las razones, probablemente múltiples, que puedan explicar este deslizamiento hacia la sociografía descriptiva. En todo caso, fue suficientemente fuerte como para retardar durablemente la influencia de un libro que, como el de E.P. Thompson, *The Making of the English Working Class* (publicado en 1963, pero traducido al francés recién en 1988), se negaba a partir de una definición pre-construida (o supuestamente adquirida) de la clase obrera para insistir en los mecanismos de su *formación*¹⁴. Tardíamente, a partir de trabajos inicialmente aislados¹⁵, poco a poco se ha impuesto la convicción de que el análisis no podía realizarse solamente en términos de distribuciones, y esto por dos razones principales que deben ser distinguidas, si bien se interfieren en parte. La primera remite al problema, planteado desde hace mucho tiempo, de la naturaleza de los criterios de clasificación sobre los que se fundan las taxonomías históricas; la segunda al acento que la historiografía ha puesto, más recientemente, sobre el rol de los fenómenos de inter-relaciones en la producción de la sociedad¹⁶.

En ambos casos, la elección de una óptica micro-histórica tiene una importancia decisiva. Tratándose de la naturaleza de las categorías de análisis de lo social, es seguramente a nivel local que la diferencia entre categorías generales (o exógenas) y categorías endógenas es más marcada. Reconocido desde hace tiempo, el problema se ha vuelto más sensible en los últimos años por la influencia de ciertas problemáticas antropológicas (en particular de la antropología cultural norteamericana) que se ha ejercido, preferentemente, sobre los análisis locales. No es este el momento para entrar en los detalles de las soluciones bosquejadas. Retengamos al menos que el balance de esta revisión necesaria (y por lo demás inconclusa) es ambiguo. Ciertamente, ha permitido una revisión crítica de la utilización de criterios y particiones cuya pertinencia aparecía, con demasiada frecuencia, como evidente. Pero, a la inversa, tiende a animar un relativismo de tipo culturalista que es uno de los efectos tendenciales del «geertzismo» en historia social.

La segunda dirección de investigación, aquella que invita a reformular el análisis socio-histórico en término de procesos, sugiere una salida a este debate. Sostiene que no basta con que el historiador se apropie del lenguaje de los actores que estudia, sino que debe utilizarlo como indicio en un trabajo a la vez más amplio y más profundo: el de la construcción de identidades sociales plurales y plásticas que se efectúa a través de una densa red de relaciones (de competencia, solidaridad, alianza, etcétera). La complejidad de las operaciones de análisis requeridas por este tipo de procedimiento impone de hecho una reducción del campo de observación. Pero los micro-historiadores no se limitan a registrar esta limitación factual; la transforman en un principio epistemológico ya que es a partir de los comporta-

¹⁴ Edward P. Thompson, *LA FORMATION DE LA CLASSE OUVRIÈRE ANGLAISE*, trad. francesa, 1988. Recordemos que el estudio de Thompson se inscribe dentro de una perspectiva macro-social. (Hay versión en español: *LA FORMACIÓN HISTÓRICA DE LA CLASE OBRERA. INGLATERRA: 1780-1832*. Barcelona, Laia, 1977. 3 tomos).

¹⁵ Citemos, por ejemplo, la tesis de Michelle Perrot, *LES OUVRIERS EN GRÈVE*, Paris, 1974; de Jean-Claude Perrot, *GENÈSE D'UNE VILLE MODERNE*, *op.cit.*; o desde la sociología, el estudio de Luc Boltanski, *LES CADRES*, Paris, 1982.

¹⁶ Una presentación de estos debates puede encontrarse en la introducción del libro de Simona Cerutti, *LA VILLE ET LES MÉTIERS. NAISSANCE D'UN LANGAGE CORPORATIF (TURIN, 17E-18E SIÈCLES)*, Paris, 1990, pp. 7-23.

mientos de los individuos que intentan reconstruir las modalidades de agregación (o de desagregación) social. El reciente trabajo de Simona Cerutti sobre los oficios y las corporaciones en Torino en los siglos XVII y XVIII puede servirnos de ejemplo. Sin duda, ninguna historiografía es más espontáneamente organicista que la de los oficios y las asociaciones de oficios: se trataría de comunidades evidentes, funcionales, y que se suponen tan poderosamente integradoras que se volverían casi naturales en la sociedad urbana del Antiguo Régimen. La apuesta metodológica de S. Cerutti consiste en revocar estas certezas y mostrar, a partir del juego de las estrategias individuales y familiares y de sus interacciones, que las identidades profesionales y sus traducciones institucionales, lejos de ser adquiridas, son objeto de un trabajo constante de elaboración y de redefinición. Lejos de la imagen consensual y esencialmente estable que daban las descripciones tradicionales del mundo de los oficios, todo es cuestión de conflictos, de negociaciones, de transacciones provisorias. Pero, a la inversa, las estrategias personales o familiares no son puramente instrumentales: ellas están socializadas en tanto son inseparables de representaciones del espacio relacional urbano, de los recursos que ofrece y de las restricciones que impone, a partir de los cuales los actores sociales se orientan y hacen sus opciones. La cuestión es entonces desnaturalizar —o al menos desbanalizar— los mecanismos de agregación y de asociación insistiendo sobre las modalidades relacionales que los hacen posibles detectando las mediaciones existentes entre «la racionalidad individual y la identidad colectiva».

El desplazamiento que implican estas elecciones es probablemente más sensible a los historiadores que a los antropólogos, porque la historia de las problemáticas y de los procedimientos de las dos disciplinas es asimétrica¹⁷. Este desplazamiento me parece ser portador de varias redefiniciones cuya importancia no es despreciable:

— redefinición de los presupuestos del análisis socio-histórico, cuyos rasgos mayores recién evocamos. A la utilización de sistemas de clasificación fundados sobre los criterios explícitos (generales o locales), el micro-análisis los sustituye por la consideración de los comportamientos a través de los cuales las identidades colectivas se constituyen y deforman. Esto no implica que se ignoren ni se descuiden las propiedades «objetivas» de la población estudiada, sino que se las trate como recursos diferenciales cuya importancia y significación deben ser evaluadas dentro de los usos sociales de que son objeto —es decir dentro de su actualización.

— redefinición de la noción de estrategia social. El historiador, al contrario que el antropólogo o el sociólogo, trabaja sobre el hecho consumado —sobre «lo que efectivamente ocurrió»— y que, por definición, no es repetible. Es excepcional que las fuentes presenten las alternativas y, con mayor razón, las incertidumbres enfrentadas por los actores sociales del pasado. De allí el recurso frecuente y ambiguo a la noción de estrategia: ella sirve a menudo de reemplazo de una hipótesis general funcionalista (que permanece, generalmente implícita); y en ocasiones para calificar, más prosaicamente, los comportamientos de los actores individuales o colectivos que tuvieron éxito (que son, en general, los que conocemos mejor).

¹⁷ Incluso si un trabajo como el de Marc Abélès sobre las formas y las apuestas de la política local en Francia contemporánea (*JOURS TRANQUILLES EN 89*, París, 1988) retoma —y sin acuerdo previo— la mayoría de los temas y ciertas formulaciones propuestas, en el mismo momento, por los micro-historiadores. Faltaría indicar la posición de Abélès en el debate en antropología y analizar la recepción del libro en su medio profesional.

Desde este punto de vista la posición resueltamente anti-funcionalista adoptada por los microhistoriadores está llena de significación. Considerando en sus análisis una pluralidad de destinos particulares, buscan reconstituir un espacio de posibles —en función de los recursos propios a cada individuo o a cada grupo dentro de una configuración dada. G. Levi es sin duda quien ha ido más lejos en este sentido al reintroducir las nociones de fracaso, de incertidumbre y de racionalidad limitada en su estudio de las estrategias familiares campesinas desarrolladas en torno al mercado de la tierra en el siglo XVII¹⁸.

— redefinición de la noción de contexto. Esta fue a menudo objeto de un uso cómodo y perezoso en las ciencias sociales y, en particular en la historia. Uso retórico: el contexto, a menudo presentado al comienzo del estudio, produce un efecto de realidad alrededor del objeto de la investigación. Uso argumentativo: el contexto presenta las condiciones generales dentro de las cuales encuentra su lugar una realidad, aún si no siempre se va más allá de comparar simplemente dos niveles de observación. Más raramente, uso interpretativo: del contexto se extraen, a veces, las razones generales que permitirían comprender situaciones particulares. Mas allá de la micro-historia, buena parte de la historiografía de los últimos veinte años ha manifestado su insatisfacción frente a estos diversos usos e intentado reconstruir, según diversas modalidades, las articulaciones del texto al contexto. La originalidad del enfoque micro-histórico parece ser la de rechazar la certidumbre que subyace en todos los usos mencionados según la cual existiría un contexto unificado, homogéneo, en el interior del cual y en función del cual los actores determinarían sus opciones. Este rechazo puede entenderse de dos maneras complementarias: como un recordatorio de la multiplicidad de las experiencias y representaciones sociales, en parte contradictorias, en todo caso ambiguas, mediante las cuales los hombres construyen el mundo y sus acciones (es el eje de la crítica a Geertz que propone Levi¹⁹; pero también, en un análisis más profundo, como una invitación a invertir el procedimiento más habitual del historiador que consiste en partir de un contexto global para situar e interpretar su texto. Lo que se propone es, al contrario, constituir la multiplicidad de contextos que son necesarios a la vez a su identificación y a la comprensión de comportamientos observados. Aquí nos reencontramos, por supuesto, con el problema de las escalas de observación.

— es el último punto el que, me parece, es objeto de una revisión drástica. A la jerarquía de los niveles de observación, los historiadores instintivamente se refieren a una jerarquía de las apuestas (enjeux) históricas: para expresar las cosas trivialmente, a la escala de la nación se hace historia nacional, a nivel local, historia local (lo que en sí mismo no compromete necesariamente una jerarquía en la importancia, en particular desde el punto de vista de la historia social). La historia de un conjunto social tomada «au ras du sol» se dispersa, en apariencia, en una miríada de acontecimientos minúsculos, difíciles de organizar. La concepción tradicional de la monografía busca hacerlo proponiéndose como tarea la verificación local de hipótesis y resultados generales. El trabajo de contextualización múltiple

¹⁸ G. Levi, *LE POUVOIR AU VILLAGE*, *op.cit.*, cap. 2.

¹⁹ G. Levi, "On Micro-History", *cit.*, p. 202; cf. también "I pericoli del Geertzismo", *QUADERNI STORICI*, 1985, pp. 269-277.

practicado por los micro-historiadores parte de premisas muy diferentes. Plantea, en primer lugar, que cada actor histórico participa, de cerca o de lejos, en procesos –y entonces se inscribe en contextos– de dimensiones y niveles diferentes, del más local al más global. No existe entonces un corte, ni menos aún oposición, entre historia local e historia global. Lo que la experiencia de un individuo, de un grupo, de un espacio permite aprehender es una modulación particular de la historia global. Particular y original: pues lo que el punto de vista micro-histórico ofrece a la observación no es una versión atenuada, parcial o mutilada de realidades macro-sociales: es, y es el segundo punto, una versión diferente.

6.

Tomemos un ejemplo que ha retenido la atención de varios micro-historiadores. Se puede analizar la dinámica de un macro-proceso, como la afirmación del Estado moderno en Europa entre los siglos XV y XIX, en términos muy diferentes. Por mucho tiempo los historiadores se interesaron sobre todo en quienes, de manera visible, habían hecho la historia. Luego, bajo el impulso de los grandes teóricos del siglo XIX, descubrieron la importancia de las evoluciones masivas y anónimas. Entre ellos se impuso muy ampliamente la convicción que la verdadera historia es la de lo colectivo y lo numeroso. Esta mutación puede explicar que a sus ojos las encarnaciones históricas del poder se han transformado sustancialmente. En los años 1880, se examinaba extensivamente la política de Richelieu y la imperiosa vuelta al orden político, administrativo, religioso, fiscal, cultural que ella impuso en la Francia de principios del siglo XVII. Hoy se habla habitualmente de la afirmación impersonal del Estado absolutista tal como se inscribe inevitablemente en la larga duración, entre el siglo XIV y XVIII; se evoca, siguiendo a Max Weber, el lento proceso de racionalización que ha afectado las sociedades occidentales; se evoca, siguiendo a Norbert Eliás, el doble monopolio sobre el fisco y la violencia que adquirió, entre la Edad Media y la modernidad, la monarquía francesa; se sigue, con Kantorowicz, la emancipación de una instancia laicizada en el corazón mismo de la cristiandad medieval. Todas estas lecturas (y aún otras) son *précieuses* y a menudo convincentes. Han enriquecido considerablemente nuestra comprensión del pasado. Todas o casi –se debería poner a parte, aquí, el caso de Eliás– comparten sin embargo el aceptar como tal la existencia de macro-fenómenos cuya eficacia es evidente. Lo que antes se atribuía a la majestad, al prestigio, a la autoridad, al talento de un personaje singular, hoy se sitúa aún más cómodamente en la lógica de grandes ordenamientos anónimos que cómodamente se denominan Estado, modernización, formas del progreso –pero también de modo más sectorial, los fenómenos clásicos como la guerra, la difusión de la cultura escrita, la industrialización, la urbanización, entre muchos otros.

Estos fenómenos son extraordinariamente complejos, se sabe, al punto que generalmente les es imposible a los historiadores marcar sus límites. ¿Dónde se detiene la esfera del Estado, dónde los efectos inducidos por el trabajo y la producción industrial, dónde aquellos de los cuales el libro es portador? Ya cuando se describen, podemos dudar sobre su morfología, sobre la descripción de su articulación interua. Pero es asombroso ver que su eficacia, al menos tendencial, no es puesta en duda casi nunca. Las «máquinas» del poder se apoyan sobre su propia autoridad y ellas son eficientes precisamente porque son máquinas. (Sería más exacto decir: ellas son eficientes a los ojos de los historiadores solamente porque

éstos las imaginan como máquinas). Se tenderá a buscar entonces en la regulación de la misma máquina la explicación de sus actuaciones, atribuyéndole ingenuamente una ideología de la racionalización y de la modernización que pertenece al sistema que se ha propuesto estudiar. En el mejor de los casos se busca identificar a quienes a través de estas grandes transformaciones, se han dedicado a denunciarlas y a bloquearlas en nombre de los valores sociales alternativos. Sin duda no es un azar si la misma generación intelectual que, hace veinte años, solemnizaba los aparatos del poder es también la más entusiasmada por los marginales, los rechazados, los alternativos de la historia, bandidos de honor y brujas, heterodoxos y anarquistas, excluidos de todo tipo. Pero era aún una manera de reconocer y señalar la realidad masiva del poder, ya que sólo una minoría dispersa de héroes había sido capaz de levantarse contra ella, desde afuera y sin verdadera esperanza.

Aceptar esta visión de las cosas, tal distribución de roles, en los hechos es aceptar que separada de la lógica mayoritaria de los aparatos, fuera de las formas residuales de resistencia a su afirmación, los actores sociales están masivamente ausentes, o aún que son pasivos y se han sometido, históricamente, a la voluntad del gran Leviathan que englobaba a todos. Esta puesta en escena de la fuerza y de la debilidad es inaceptable. No por razones morales, sino porque está, una vez más, demasiado ligada a las representaciones que no han cesado de sugerir las mismas lógicas del poder, que quisieran dictar hasta la manera de oponerse a ellas; y porque incluso si se acepta la hipótesis de una eficiencia global de los aparatos y de las autoridades, falta comprender enteramente cómo esta eficiencia ha sido posible —es decir cómo han sido retranscriptas, en contextos eternamente variables y heterogéneos, las órdenes expresas del poder.

Plantear el problema en estos términos lleva a rechazar el pensarlo en términos simples: fuerza/debilidad, autoridad/resistencia, centro/periferia; y a establecer el análisis de los fenómenos de circulación, de negociación, de apropiación en todos los niveles. Es importante ser claro aquí: la mayor parte de los historiadores trabajan sobre sociedades fuertemente jerarquizadas y desigualitarias, donde el principio mismo de la jerarquía y de la desigualdad está profundamente internalizado. Sería ridículo negar estas realidades y simular que las operaciones que venimos de citar —circulación, negociación, apropiación— puedan ser pensadas fuera de estos efectos de poder. Todo lo contrario, yo quisiera sugerir aquí que ellas son inseparables y que han sido maneras de pactar con los poderes; pero también que ellas deformaron los efectos inscribiéndolos en contextos y plegándolos a lógicas sociales diferentes de las que eran las suyas al inicio.

Retomemos el ejemplo del Estado monárquico en la edad moderna. Visto desde París y Versailles, Berlín, o Turín, se presenta como una especie de vasta arquitectura cuyas formas no cesan de multiplicarse, de ramificarse hasta penetrar en lo más profundo de la sociedad que él encuadra y que toma a su cargo. La realidad, lo sabemos bien, es un poco más complicada y menos armoniosa. En los hechos, las instituciones se superponen, compiten, a veces se oponen unas a otras; algunas están ya fosilizadas (pero, según la lógica del Antiguo Régimen, ellas son reemplazadas sin ser suprimidas, lo que puede determinar inextricables enmarañamientos de autoridad, de competencia, de gestión); otras están en pleno auge, ya sea porque son muy nuevas, ya sea porque están provisoriamente mejor adaptadas a una configuración dada de la sociedad. También el pensamiento del Estado, el que tuvieron sus promotores en los siglos pasados tanto como el de los historiadores de hoy, es un pensamiento global que, a través de dudas, contradicciones, cambios de ritmo,

reconoce un único gran proceso en marcha a través de los siglos. Cuando se habla del crecimiento del Estado y se intenta dar una evaluación aproximada (es el famoso «pesée globale» caro a P. Chaunu), por ejemplo midiendo el peso de la fiscalidad pública, o el número de funcionarios, o los progresos cuantitativos de la justicia real, se lo piensa sobre el modelo del crecimiento económico proponiendo que una pequeña cantidad de indicadores elegidos permite dar cuenta de la evolución de conjunto de un sistema que sería a la vez continuo e integrado. Por supuesto, es más delicado intentar una medición en términos de eficiencia: pero cuando la relación entre el número de oficiales públicos y la cifra de la población global tiende a subir, se acepta casi sin discutir que resulta una mayor eficiencia. En todas estas operaciones, se plantea en todo caso como obvia la existencia de una lógica común que unificaría el conjunto de las manifestaciones del Estado.

Nada es menos seguro. Si se renuncia a esta perspectiva central que es aquella desde donde se enuncia el proyecto ético (y donde se produce la argumentación ideológica que lo sostiene), si se cambia la escala de observación, las realidades que aparecen pueden ser muy diferentes. Es lo que ha demostrado recientemente G. Levi en la investigación, citada a menudo, que ha consagrado a una comunidad rural del Piemonte, Santena, a fines del siglo XVII. ¿Qué sucede cuando se observa el proceso de construcción del Estado «au ras du sol», en sus más lejanas consecuencias? Los grandes movimientos del siglo, la afirmación tardía del Estado absolutista en Piemonte, la guerra europea, la competencia entre las grandes casas aristocráticas existen, ciertamente, incluso si la traza es detectable a través del polvo de acontecimientos minúsculos. Pero a través de estos acontecimientos surge precisamente otra configuración de las relaciones (entre el fuerte y el débil) del fuerte con el débil.

Hubiese sido tentador reducir toda esta historia a la de las tensiones que oponen una comunidad periférica a las exigencias existentes de un absolutismo en pleno auge. Pero la escena tiene participantes mucho más numerosos. Entre Santena y Torino se interponen e interfieren las pretensiones de Chieri, ciudad mediana y que cree tener algo para decir; las del arzobispo de Torino de donde depende la parroquia; las de los los principados feudatarios del lugar, rivales entre sí, que desean afirmar su preeminencia. La misma sociedad aldeana se descompone, se fractura en función de los intereses divergentes de los grupos particulares que la componen. Estos actores colectivos se enfrentan, pero también se alían según sus posibilidades, ellas mismas cambiantes. Los frentes sociales (y «políticos», si se quiere) no cesan de dislocarse para recomponerse de otro modo. Es precisamente a la multiplicidad de intereses en cuestión, a la complejidad del juego social, que el burgo de Santena ha debido, durante la segunda mitad del siglo XVII, la suerte colectiva de permanecer un «paese nascoto»²⁰, mantenido al abrigo de las maniobras del Estado central. La neutralización recíproca de las estrategias que apuntaban a la aldea, y también la inteligencia política de los frentes aldeanos pueden hacer comprender esta situación; pero igualmente el rol de un negociador excepcional, el notario-podestá Giulio Cesare Croce que reinó sobre Santena durante cuarenta años: fué él quién supo aprovechar su conocimiento íntimo de las redes sociales, su dominio de la información, tan necesaria en las estrategias familiares, y de la memoria colectiva para imponerse en todo como intermediario obligado en el interior de la comunidad y fuera de ella. Significativamente, no es especialmente rico y su status

²⁰ En italiano en el original (*N. del T.*).

profesional no tiene nada de excepcional. No pertenece al mundo de los poderosos reconocidos. Su poder es de una naturaleza diferente: está fundado sobre la posesión de un capital «inmaterial» hecho de informaciones, de inteligencia, de servicios prestados que le han permitido afirmarse para administrar mejor los intereses de la aldea.

Sin duda, el notario Croce es un personaje fuera de lo común y cuando desaparece, a fines del siglo XVII, no es reemplazado. Santena sale entonces de su casi clandestinidad, la gestión local de poderes se desagrega y, con el apoyo de una crisis a la vez económica, social y política, el Estado central retoma sus derechos (o al menos una parte). Si se pone atención, los archivos dejan aparecer una multitud de esos personajes que, en el rol de intermediarios, han arreglado, limitado, pero también acreditado la construcción del Estado. Todos no han podido ni querido sustraer su grupo de pertenencia a la lógica del poder central: pero trabajaron en acomodar los intereses locales (y primero los suyos) con sus exigencias, sus prácticas, sus instituciones, su personal²¹. A decir verdad, la elección no es alternativa entre dos versiones de la realidad histórica del Estado, una que sería «macro» y la otra «micro». Ambas son «verdaderas» (y muchas otras aún en niveles intermedios que convendría poner a prueba de manera experimental) y ninguna es realmente satisfactoria porque la construcción del Estado moderno está precisamente hecha del conjunto de estos niveles cuyas articulaciones quedan por identificar y pensar. La apuesta de la experiencia micro-social —y su opción experimental, si se quiere— es que la experiencia más elemental, aquella del grupo pequeño, incluso del individuo, es la más esclarecedora porque es la más compleja y porque se inscribe en el mayor número de contextos diferentes.

7.

Esto plantea otro problema, que de hecho es consustancial al proyecto mismo de una micro-historia. Admitamos que limitando el campo de observación surgen datos no solamente más numerosos, más finos, sino que además se organizan en configuraciones inéditas y hacen aparecer otra cartografía de lo social. ¿Cuál puede ser la representatividad de una muestra tan acotada? ¿Qué puede enseñarnos que sea generalizable?

La pregunta ha sido formulada tempranamente y a recibido respuestas que no recogieron mucha adhesión. En un artículo ya antiguo Edoardo Grendi prevenía la objeción forjando un elegante *oxymoron*: proponía la noción de «excepcional normal»²². Este diamante oscuro ha hecho correr mucha tinta. Ejerce la fascinación de los conceptos que se desearía poder utilizar si se supiera definirlo con exactitud. ¿Debe verse en lo «excepcional normal» un eco, en total consonancia con la sensibilidad de los años posteriores a 1968, de la convicción que los márgenes de una sociedad dicen más sobre ésta que su centro?, ¿que los locos, los marginales, los enfermos, las mujeres (y el conjunto de los grupos dominados) son los privilegiados poseedores de una suerte de verdad social? ¿Debe comprenderse en un

²¹ Todo esto según G. Levi, *LE POUVOIR AU VILLAGE*, op.cit. Un ejemplo diferente pero que va en el mismo sentido, sobre las regulaciones de la violencia en conexión con la construcción del estado genovés en Osvaldo Raggio, *FAIDE E PARENTELE. LO STATO GENOVESE VISTO DALLA FONTANABUONA*, Torino, 1990.

²² E. Grendi, "Microanalisi e storia sociale", op.cit.

sentido bastante diferente, como una separación significativa (¿más respecto de qué?), o aún como una primera formulación del paradigma del indicio vuelto a proponer más tarde por Carlo Ginzburg?

Es difícil decidir entre estas diferentes lecturas posibles, que tal vez coexistieron en el pensamiento de Grendi. Puede proponerse, prudentemente, una suplementaria que me parece coherente con las proposiciones enunciadas precedentemente. Grendi reflexiona a partir de los modelos de análisis social utilizados por los historiadores y que son, en su gran mayoría, modelos funcionalistas, basados en la integración del mayor número de rasgos. Es cierto que algunos de ellos se resisten a este trabajo de integración; constituyen otras tantas excepciones que sin disgusto nos habituamos a tratar como «excepciones» o «desviaciones» en relación a la norma que el historiador ha establecido. La propuesta de Grendi, que reencuentra aquí la reflexión inaugurada por el antropólogo Fredrick Barth, sería la de construir modelos «generativos»: es decir, modelos que permitan integrar plenamente (y no más como excepciones o desviaciones) los itinerarios y las opciones individuales. En este sentido, podría decirse que lo «excepcional» se volvería «normal»²⁰.

En el debate que permanece abierto, me parece que el trabajo de Giovanni Levi aporta un cierto número de respuestas que cambian útilmente el punto de vista de la argumentación. Levi recuerda primeramente que se puede pensar la ejemplaridad de un hecho social en términos diferentes de los rigurosamente estadísticos. El segundo capítulo de su libro, *Le Pouvoir au village*, dedicado a las estrategias desarrolladas por tres familias de aparceros de Santena, hace una elección entre algunos cientos de otros casos posibles, que no son objeto de ningún tratamiento comparable pero que están todos presentes en el fichero prosopográfico. El procedimiento no consistió en relacionar estos tres ejemplos a la totalidad de la información constituida, sino en abstraer los elementos de un modelo. Estas tres biografías familiares fuertemente contrastadas, bastan para hacer aparecer regularidades en los comportamientos colectivos de un grupo social particular sin perder lo que cada una tiene de particular. Chequear la validez del modelo no consistirá entonces en una verificación estadística sino en su puesta a prueba en condiciones extremas, cuando una o varias variables que incluye están sometidas a deformaciones excepcionales. La constitución de un fichero sistemático es precisamente lo que hace posible una verificación de este tipo.

8.

Llego finalmente a mi último punto. A menudo nos hemos sorprendido de constatar que ciertos micro-historiadores italianos —no todos, ni siquiera la mayoría— recurrían a veces a procedimientos de exposición, incluso a técnicas narrativas que rompían con las formas de escribir habituales de la corporación de los historiadores. Así fue el caso del *Fromage et les Vêrs* de Carlo Ginzburg, compuesto como una investigación judicial (al cuadrado, ya que el libro reposa, en lo esencial, en los archivos de los dos procesos del molinero Menocchio frente al Santo Oficio); y de *Piero* del mismo autor, concebido esta vez como una investigación policial (anunciada, por otra parte, en el título), con sus tanteos, sus fracasos, sus

²⁰ Me parece que un buen ejemplo de esta lectura es dado por el estudio de M. Gribaudi y A. Blum, "Des catégories aux liens individuels: analyse statistique de l'espace social", *ANNALES ESC*, 6, 1990, pp. 1351-1402.

golpes de teatro cuidadosamente distribuidos; del *Pouvoir au village* de Giovanni Levi, donde la investigación histórica se transforma en su propio espejo a través de una composición «en abímes»²¹; o, más recientemente, el bello libro de Sabina Loriga sobre el ejército piamontés del siglo XVIII, cuyo modelo explícito es el del Rashomon japonés²².

Nos enfrentamos entonces a elecciones explícitas de ciertas formas de escritura, en el sentido amplio del término. ¿Cómo estudiarlas? Notemos para comenzar que no es la primera vez que los historiadores «savants» utilizan recursos literarios. Sin remontar hasta las grandes obras de la historiografía romántica del siglo XIX, pensemos, entre la múltiple producción del siglo XX, en *Frédéric II* de Kantorowicz, o en César de Carcopino (escrito al nivel de las fuentes antiguas), o la biografía de Arnaldo da Brescia de Arsenio Fragoni, o el *Retour de Martin Guerre* de Natalie Zemon Davis. Por lo demás, todos lo sabemos, utilizamos constantemente —conscientemente o no— procedimientos retóricos destinados a provocar efectos de realidad, a mostrar que incluso si nosotros, historiadores, no estuvimos allí, podemos garantizar que las cosas realmente tuvieron lugar como nosotros las contamos. Con los micro-historiadores, el problema me parece, sin embargo, de otra naturaleza. La búsqueda de una forma no depende fundamentalmente de una opción estética (incluso si ella no está ausente). Me parece más de orden heurístico, y esto de manera doble. Invita al lector a participar en la construcción de un objeto de investigación; y lo asocia a la elaboración de una interpretación.

Entre los instrumentos que están a la disposición de los historiadores, los hay clásicos, o al menos reconocidos como tales por la profesión. Es el caso del material conceptual, de diversas técnicas de investigación, de los métodos de medición, etcétera. Hay otros, no menos importantes, pero sobre los cuales nos interrogamos más raramente, ya sea porque son objeto de una suerte de convención tácita, o, más simplemente, porque nos parecen obvios. Así sucede con las formas argumentativas, los modos de enunciación, las modalidades de las citas, el uso de la metáfora y, en general, con las formas de escribir la historia. Rozamos aquí un inmenso conjunto de problemas muy vastos que emergen hoy de manera salvaje, en todo caso desordenadamente, en las preocupaciones de los historiadores²³. Durante mucho tiempo, estas cuestiones no merecieron ser sujetas a la interrogación. La escritura de la historia se pensaba espontáneamente como el estricto protocolo de un trabajo científico. En consecuencia, mientras más científica se hacía, menos se planteaba el problema. La masa de piezas anexas —documentos, luego, cada vez más, un aparato en constante crecimiento de series, tablas, gráficos, mapas— parecían garantizar la inexpugnable objetividad del enunciado y dejaban suponer que era el único posible (o, en todo caso, el más próximo al enunciado perfecto). Se llegaba así a olvidar que incluso una serie de precios constituye una forma de relato —ella organiza el tiempo, induce una forma de representación—

²¹ Técnica artística que consiste en representar dentro de un objeto el objeto mismo: un relato dentro de un relato, un cuadro dentro de un cuadro, etcétera (*N. del T.*).

²² Sabina Loriga, *SOLDATS. UN LABORATOIRE DISCIPLINAIRE: L'ARMÉE PIÉMONTAISE AU XVIIIÈME SIÈCLE*, Paris, Mentha, 1991; versión italiana: *SOLDATI. L'ISTITUZIONE MILITARE NEL PIEMONTE DEL SETTECENTO*, Venise, Marsilio, 1992.

²³ Pero también antropólogos, desde James Clifford hasta Clifford Geertz — incluso si el problema está ya presente explícitamente en Malinowski, Lévi-Strauss y muchos otros. Cf. Clifford Geertz, *WORKS AND LIVES. THE ANTHROPOLOGIST AS AUTHOR*, Stanford University Press, 1988.

y que una noción tan compleja como la de «coyuntura», tan importante en la historiografía francesa de los *Annales*, unía en ella, indisolublemente ligadas, un método de análisis, una hipótesis interpretativa y un manera de contar.

De manera aún más difusa, la escritura de la historia se refería, sin saberlo siempre, al modelo clásico de la novela donde el autor-organizador conoce y domina soberanamente los personajes, sus intenciones, acciones y destinos; sabemos que se llegó incluso a intentar mezclar los dos géneros. Pero desde hace mucho tiempo la novela ha cambiado. Luego de Proust, Musil o Joyce, su escritura no ha dejado de experimentar formas nuevas. Con cierto retraso, la escritura histórica hace lo mismo. Ella no comienza a hacerlo hoy. Tomemos un ejemplo que merecería un análisis más profundo: en el célebre libro de Fernand Braudel, *La Méditerranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philippe II* (1949), se señaló primeramente el uso original de una triple temporalidad que organiza las tres grandes partes del libro. ¿Se encontrará hoy como completamente iconoclasta leerlo como una tentativa de contar desde tres puntos de vista y en tres registros diferentes, una misma historia, partida entre estos relatos y luego recompuesta? En todo caso vale la pena plantearse el problema. Lo que tal vez ha cambiado hoy es que la relación entre una forma de exposición y un contenido de conocimiento se ha transformado en objeto de una interrogación explícita.

En esta evolución los micro-historiadores juegan un rol central porque ellos consideran que una elección narrativa concierne a la experimentación histórica tanto como a los procedimientos de investigación en sí mismos. Los dos aspectos no son, de hecho, dissociables. La invención de un modo de exposición no induce solamente efectos de conocimiento. Ella contribuye explícitamente a la producción de un cierto tipo de inteligibilidad en condiciones experimentales definidas. La forma de la investigación toma aquí todo su sentido: ella asocia al lector al trabajo del historiador, a la producción de su objeto de estudio. Pero esa no es la única forma; el libro reciente de Roberto Zapperi sobre *Annibale Carracci* muestra, a través del itinerario de tres Carracci, dos hermanos y el primo, los tres en el oficio de la pintura en Boloña, en la segunda mitad del siglo XVI, lo que puede ser la experimentación en el género que, en apariencia, menos se presta: la biografía²⁴.

El problema se presenta hoy a nivel micro. Nada, por supuesto, impide que lo sea a otros niveles, en otras dimensiones de la investigación histórica. El ejemplo de Fernand Braudel viene a recordárnoslo²⁵. Sin embargo no es por azar si ciertas obras de la micro-historia han tenido un papel determinante en el surgimiento de esta preocupación nueva (o más exactamente, renovada). El cambio de escala ha jugado, lo hemos dicho, el rol de un *estrangement* en el sentido de los semióticos: de un alejamiento respecto a las categorías de análisis y a los modelos interpretativos del discurso historiográfico dominante; pero también respecto a las formas de exposición existentes. Uno de los efectos del pasaje a lo micro es transformar, por ejemplo, la naturaleza de la información y la relación que el historiador mantiene con ella. G. Levi gusta comparar el trabajo de éste al de la heroína de un cuento

²⁴ Roberto Zapperi, *ANNIBALE CARRACI. RITRATTO DI ARTISTA DA GIOVANE*, Turin, Einaudi, 1989.

²⁵ Lo es hoy, en Francia, al nivel de la historia nacional -en una escala macrohistórica. Algunas referencias en A. Burguière y J. Revel, "Présentation" de *HISTOIRE DE LA FRANCE* (bajo la dirección de A. Burguière y J. Revel), vol. 1, *L'ESPACE FRANÇAIS*, Paris, Seuil, 1989; y más recientemente, P. Nora, "Comment écrire l'histoire de France", en *LES LIEUX DE MÉMOIRE* (bajo la dirección de P. Nora), vol. 3, *Les France*, t. 1, Paris, Seuil, 1993, pp. 11-32.

de Henry James, *In the Cage*: la telegrafista encerrada detras de su mostrador, reconstruye el mundo exterior a partir de pequeños trozos de información que recibe para transmitirlos. No los elige, debe producir lo inteligible a partir de ellos. Pero la palabra tiene sus límites que es importante marcar: porque lo que distingue al historiador de la telegrafista de James es que, tan desmunido como ella, sabe que su información es una selección que le es impuesta por la realidad, a la que agrega además sus propias elecciones. De esta serie de sesgos sucesivos, puede intentar medir los efectos y extraer las consecuencias necesarias.

Es cierto también que la imagen en el tapiz vista «au ras du sol» no es fácil de descifrar. En esa profusión de detalles, ¿qué es lo importante y qué no lo es? El historiador se encuentra entonces, para pasar de James a Stendhal, en la posición de Fabrice en la batalla de Waterloo en *La Chartreuse de Parme*: de la gran historia —sin más, la historia— percibe solamente el desorden. G. Levi se interrogó, al comienzo de su libro, «sobre aquello que es importante y sobre aquello que no lo es cuando se escribe una biografía». En la composición de su texto, buscó luego la composición mejor adaptada para rendir cuenta de una vida, la del cura Giovan Battista Croce, que nosotros conocíamos por fragmentos y que no toma sentido sino por su inserción en una serie de contextos de referencia discontinuos. La elección de un modelo narrativo —o, más exactamente, de exposición— es también la de un modelo de conocimiento. Desde este punto de vista no es indiferente que sean viejos géneros historiográficos, la biografía, el relato de un acontecimiento, los que de forma privilegiada han sido objeto de este tipo de experimentación. En su forma tradicional, ellos están gastados y, digámoslo, ya no son creíbles. Si es suficiente el saber todo sobre un personaje, de su nacimiento a su muerte, o sobre un acontecimiento, en todos sus aspectos, para comprenderlos, los periodistas contemporáneos estarían mucho mejor armados que los historiadores; lo que no es necesariamente el caso. Pero la biografía o el relato sobre el acontecimiento juegan, me parece, el rol de una experiencia límite: dado que los modelos narrativos-analíticos clásicos ya no son convincentes, ¿qué debe hacerse —qué puede hacerse— para contar una vida, una batalla, un «fait divers»? Si, por hipótesis, se renuncia a las convenciones establecidas del género —la continuidad de una historia inscrita entre un comienzo y un final, la descripción sobre el modo de la evidencia, el encadenamiento de causas y efectos, etcétera—, ¿en qué se convierten los objetos que se da el historiador?²⁶

Objetos problemáticos. Una experiencia monográfica, la del cura Croce o la del pintor Annibale Carracci, puede así ser releída como un conjunto de tentativas, de opciones, de tomas de posición frente a la incertidumbre. Tal experiencia no puede continuar pensándose sólomente bajo la forma de la necesidad —esta vida ha tenido lugar y la muerte la ha transformado en destino— sino como un campo de posibilidades entre las que el actor histórico debió elegir. Un acontecimiento colectivo, una insurrección, por ejemplo, deja de ser un objeto opaco (un poco de desorden) o, al contrario, sobre-interpretado (el accidente insignificante pero en los hechos sobrecargado de significación implícita): se puede hacer el intento de mostrar cómo en el desorden los actores sociales inventan un sentido del que simultáneamente toman conciencia. La elección de un modo de exposición participa aquí en

²⁶ Sobre la biografía ver las pertinentes reflexiones de G. Levi, "Les usages de la biographie", *ANNALES ESC*, 6, 1989, pp. 1325-1336; J. CL. Passeron, "Biographies, flux, itinéraires, trajectoires", *REVUE FRANÇAISE DESOCIOLOGIE*, XXXI, 1990, pp. 3-22 (retomado en *LE RAISONNEMENT SOCIOLOGIQUE*, Paris, Nathan, 1991. Sobre el acontecimiento, me permito remitir a A. Farge y J. Revel, *LOGIQUES DE LA FOULE. L'AFFAIRE DES ENLÈVEMENT D'ENFANTS*. PARIS, 1750. Paris, Hachette, 1988.

la construcción del objeto y de su interpretación.

Pero, nuevamente, los privilegios del análisis micro-social no me parecen intocables. Están fundados hoy en nuestro indiscutido acostumbramiento al micro-análisis. Pero no existe ninguna razón de principio por la cual los problemas narrativos-cognitivos recién evocados no puedan plantearse a nivel macro-histórico: ¿la Nueva Historia Económica no fue pionera hace veinte años introduciendo de forma razonada, controlable, el uso de las hipótesis contrafactuales en el análisis histórico? Más que una escala, es aquí nuevamente la variación de escala que parece fundamental. Los historiadores se dan cuenta hoy, pero no son los únicos. En 1966, Michelangelo Antonioni contó en *Blow up* la historia, inspirada en un cuento de Julio Cortázar, de un fotógrafo londinense que por azar fija sobre la película una escena de la que es testigo. Ella le es incomprendible, los detalles no son coherentes. Intrigado, agranda las imágenes (este es el sentido del título) hasta que un detalle invisible lo pone sobre la pista de otra lectura del conjunto²⁷. La variación en la escala le permitió pasar de una historia a otra (y, por qué no, a varias otras). Es también la lección que nos sugiere la micro-historia.

Traducción: *Sandra Gayol*
Juan Echagüe

²⁷ Para el *script*, ver Michelangelo Antonioni, *BLOW UP*, Turin, Einaudi, 1967.